



Carta de Pentecostés 2015
del Abad General OCist

"¡María!"

Queridos,

Os escribo recordando la Semana Santa que pasé en Jerusalén, cerca de la Basílica del Santo Sepulcro, como huésped de los Franciscanos. He aprovechado esta ocasión para vivir estos días como un tiempo de retiro en oración, teniéndoos muy presentes conmigo en el misterio santo de aquellos lugares y de aquellos días. El "aquí y ahora" de la liturgia de la Iglesia es la gran oportunidad que se nos da siempre de nuevo para ser contemporáneos con el misterio de Cristo, el Dios encarnado, muerto y resucitado por nosotros.

Vivir la Semana Santa y, sobre todo, el triduo pascual, en el Cenáculo, en el Calvario y en el Santo Sepulcro, me ha permitido celebrar estos misterios con un realismo que a veces olvido en la vivencia de la liturgia. Los misterios cristianos son una realidad, acontecimientos que se renuevan ahora para nosotros, como hace dos mil años acontecieron para la Virgen María, para los Apóstoles, para todos los discípulos contemporáneos de Jesús.

En aquellos días traté constantemente de suplicar al Señor la gracia de poderlo encontrar y acoger como Él se me quería dar a mí y a todas las personas que Él me confía de una u otra manera.

El primer encuentro con el Resucitado

La página evangélica que me ha hablado especialmente durante estos días es la del encuentro del Resucitado con María Magdalena en el Evangelio según san Juan (20,11-18). Cada tarde, los Franciscanos del Santo Sepulcro recorren los lugares de la Pasión y Resurrección del Señor presentes en la Basílica siguiendo el rito y los cantos de una antigua procesión. La misma culmina en el lugar en el que la tradición y la piedad sitúan como el punto donde el Resucitado se apareció a María Magdalena. He vivido cada vez con una especial emoción esta última etapa de la procesión porque allí, el acontecimiento fundamental de nuestra fe cristiana, la Resurrección de Cristo de entre los muertos, se hace encuentro por primera vez, experiencia personal de los sentidos y del corazón de un ser humano como nosotros. Encontrándose con María Magdalena es la forma como el Resucitado ha comenzado a “hacer nuevas todas las cosas” (cfr. Ap 21,5). Cómo sucedió la Resurrección, nadie puede describirlo, nadie lo sabe, pero la Resurrección es una realidad, un acontecimiento real, porque el Resucitado se ha encontrado verdaderamente con sus discípulos, comenzando por María Magdalena.

Por esto, el encuentro con la Magdalena es fundamental para cada uno de nosotros, el paradigma de cómo el acontecimiento que da sentido a toda nuestra fe puede convertirse en experiencia para todos. Porque si el Resucitado ha vencido nuestra muerte y nuestro pecado, el hecho de encontrarnos con él es para cada uno de nosotros la única salvación, la única experiencia que puede llenar de felicidad nuestra vida.

El encuentro con la Magdalena es el primero que acontece y el primero relatado por el Evangelio, porque en él se nos anuncia una experiencia que podemos y debemos tener también nosotros si queremos de verdad satisfacer la sed de salvación de nuestro corazón.

En mis últimas cartas insistía en la importancia de redescubrir la dimensión mística de nuestra vocación cristiana y monástica, unida a la dimensión comunitaria en la que el don de la comunión con Cristo se irradia y convierte en verdadero. Entra en juego lo profundo y verdadero de nuestra vocación cristiana, y de nuestra vocación de personas llamadas de nuevo en el Año de la Vida Consagrada a una especial conversión en la vivencia del propio carisma en lo esencial, purificándose, al menos interiormente, de todo lo que sobrecarga y obstaculiza el camino del seguimiento de Cristo.

El episodio del encuentro del Resucitado con la Magdalena es como una síntesis de la experiencia cristiana. Así pues, me parece útil identificarnos con este episodio evangélico para comprender cómo podemos vivirlo.

"¿Mujer, por qué lloras?"

María Magdalena era una mujer enamorada de Jesús. Lo que le conduce al Sepulcro es el deseo de expresarle todavía su amor, al menos ungiendo su cuerpo exánime. Pero, cuando encuentra el sepulcro vacío, este deseo se transforma en angustia. El que María desea no es ya ni siquiera un cadáver, y no sabe dónde buscarlo, dónde encontrarlo, a quién pedírselo. Toda la realidad se convierte en algo que le esconde y no le devuelve a su Señor. Alguno es el "culpable" de esta ausencia, pero no sabe a quién acusar: "Se han llevado a mi Señor y no sé dónde le han puesto" (Jn 20,13), les dice a los ángeles. Y sospecha también de Jesús, confundiéndole con el guardia del jardín, de ser culpable de esta ausencia: "¡Señor, si te lo has llevado tú, dime dónde lo has puesto!" (20,15).

María llora. Lloro de dolor, llora por amor, llora de rabia, llora de miedo, llora de angustia. El llanto es el desbordarse del corazón humano por el dolor que experimenta. También Jesús lloró por su amistad con Lázaro, por la compasión y desilusión contemplando Jerusalén, y en la angustia ante la muerte en el jardín de Getsemaní. (cfr. Jn 11,35; Lc 19,41; Mt 26,37-38; Heb 5,7).

Los ángeles del sepulcro y el mismo Jesús no desapruaban el llanto de María. La invitan sin embargo a dar la razón de su llanto, a definir el por qué de este dolor: "Mujer, ¿por qué lloras?". Jesús añade incluso "¿A quién buscas?", como para ayudar a María a "canalizar" su dolor en el deseo de encontrar al Señor Resucitado. María no llora solo porque no encuentra su cadáver, porque de todas formas esto no la consolaría del profundo dolor de su corazón. No sabe todavía que llora porque busca a Jesús vivo. Jesús le hace entender que somos consolados de nuestro dolor, o de nuestra insatisfacción, solo si encontramos a Aquél que apaga el deseo profundo de nuestro corazón.

A la pregunta de los ángeles y de Jesús, María responde diciendo que llora porque se han llevado el cuerpo de su Señor. Es como si dijera que llora porque es víctima de un crimen, de un robo, y esto la llena de dolor y de rabia. Cuántas veces también nosotros buscamos los "culpables" de nuestra tristeza, de nuestra insatisfacción. Si en nuestra vida o en nuestra comunidad las cosas no van como quisiéramos, la primera reacción es la de buscar fuera de nosotros a los responsables de esta incomodidad. Y lloramos como niños caprichosos hasta que alguno viene a asumir la responsabilidad de nuestra insatisfacción dándonos lo que queremos. No nos damos cuenta que también a través de esta insatisfacción y esta rabia se mueve un deseo mucho más profundo, el deseo fundamental del corazón humano: el de encontrar a Jesús vivo y presente, Jesús resucitado

"Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?". En las dos preguntas de Jesús a María Magdalena aparece el ofrecimiento de un camino para ayudarla a tomar conciencia del verdadero deseo de su corazón. "¿Por qué lloras? – *Quid ploras?*": es como si el llanto fuese la expresión del deseo de algo, de un "*quid*" sin rostro. Es un deseo aún

encerrado y unido al enredo de nuestros caprichos, de nuestras concupiscencias. En el fondo queremos satisfacernos a nosotros mismos. Jesús, con la segunda pregunta, invita a María a salir de su replegarse sobre sí misma, incluido su propio dolor, para permitir al deseo de su corazón buscar un Rostro, buscar a Dios: "¿A quién buscas? – *Quem quaeris?*". Nuestro corazón, a través de todas sus paciones y sus gritos, no busca algo que poseer, que consumir, como el fruto prohibido del primer pecado, sino a Alguien, a una Persona y, por lo tanto, una relación. Nos parece estar escuchando a San Benito cuando pide al maestro de novicios observar con atención si el novicio "busca verdaderamente a Dios – *si revera Deum quaerit*" (RB 58,7).

Toda la verdad de nuestra vocación humana, cristiana y monástica radica precisamente en la disponibilidad para llegar a comprender que la felicidad no consiste en el buscar satisfacer nuestro corazón con todo lo que podemos agarrar, como el fruto del Edén, sino en el dejar que Dios atraiga nuestro corazón hacia la experiencia del encuentro con Él.

"Yo iré a recogerlo"

Pero ante la pregunta concreta de Jesús, "¿A Quién buscas?", María intenta reducir la experiencia del encuentro con Dios a algo que pueda agarrar y realizar con sus propias fuerzas: "Señor, si tú te lo has llevado dime dónde lo has puesto y yo iré a recogerlo" (Jn 20,15).

Con frecuencia reducimos la experiencia de Dios, el estar con Él, la oración, la liturgia, o el encuentro con Él en el prójimo, a una obra que podemos realizar con la fuerza de nuestros brazos, con nuestras energías. Y así reducimos al Dios Vivo a un "cuerpo muerto" que pesa sobre nuestras espaldas, que cogemos, ponemos o dejamos cómo y dónde nosotros queremos. Nuestro corazón desea el infinito, lo imposible, pero instintivamente estamos tentados de realizar por nosotros mismos lo que nos supera. La gran tentación del hombre es la de querer realizar con sus propias fuerzas lo infinito que desea en su corazón. Y así tendemos con frecuencia a agarrar con nuestras propias manos lo que ya se nos ha dado ante nuestros ojos, a nuestro corazón. Si Jesús se aparece a María como el "guardia del jardín" no es porque Él se esconda o se disfrace, sino porque ella no lo mira, no lo reconoce, demasiado preocupada en buscarlo allí donde piensa poder agarrarlo ella misma. El don de Jesús vivo está velado a los ojos de la Magdalena en su afán de poderlo encontrar y coger con sus propias fuerzas, como un cuerpo muerto.

Cuando Jesús la llama por su nombre, el evangelio dice que María "se vuelve" (Jn 20,16), como si mirase a otro lugar. Jesús está muy presente, aparece de verdad, en carne y hueso, pero la capacidad de reconocerlo de sus discípulos necesita de una conversión, de un proceso de conversión de la mirada, de la atención, que es un proceso interior.

Los discípulos de Emaús están distraídos por su miedo, por sus ideas sobre lo que ha sucedido, por su torpeza y lentitud de corazón para creer en los profetas (Lc 24,25).

Pedro y sus compañeros están distraídos por su cansancio y por la desilusión de haber pescado toda la noche sin coger nada, tanto que cuando Jesús les pregunta si tienen pescado responden secamente e irritados: "¡No!" (Jn 21,5). María Magdalena está distraída por su sufrimiento de no encontrar el cuerpo de Jesús, por sus lágrimas, por su agitación por hacer todo por sí misma para poder encontrarlo.

Todas estas actitudes, de un modo u otro, nos repliegan sobre nosotros mismos, nos ciegan, nos distraen en el reconocimiento del Señor, el Señor presente y paciente que está ya aquí con nosotros, que está ya delante de nuestros ojos, que ya está caminando con nosotros, que nos mira ya con un amor infinito y desea revelarse a nuestro corazón para llenarlo de alegría. Cristo nos quiere convertir para reconocerlo acompañándonos con su palabra y los sacramentos, como los discípulos de Emaús. Cristo nos quiere convertir para reconocerlo viniendo a dar fecundidad a lo que en nuestra vida y en nuestras obras es estéril y nos hace estar irritados con la vida, con nosotros mismos, con los demás, con Dios, como aquella mañana en el mar de Tiberíades.

"Jesús le dice: ¡María!"

Pero, sobre todo, Jesús quiere convertirnos a Él llamándonos por nuestro nombre, cuando nuestro corazón gime, ama, e intenta con todas sus fuerzas agarrar el objeto de nuestro deseo, quizá de un modo posesivo y caprichoso, con lágrimas sinceras y falsas al mismo tiempo, porque no somos capaces de amar con verdad, con pureza, con gratuidad. María Magdalena es un enredo de sentimientos y de pasiones, pero ha buscado a Jesús, no se ha contentado con otra cosa que no sea Jesús. Y aquella mañana, en esta búsqueda, se ha entregado totalmente ella misma, con el bien y el mal que había en ella, la belleza y la miseria de su corazón, todas sus cualidades y todos sus defectos. Estaba allí toda entera, con todas sus pasiones, con todo su voluntarismo, con toda su fuerza y toda su debilidad. No debemos dejar fuera nada de lo que somos en nuestra cita con Cristo resucitado. Porque Él nos espera así, nos desea así, nos llama así.

Ante este enredo de humanidad, grande y mezquino al mismo tiempo, Jesús viene como el soplo de una brisa ligera con la que pronuncia nuestro nombre. Después nos dirá otras cosas, después nos pedirá otras cosas, nos dará una misión, pero la vocación está toda ella en su pronunciar nuestro nombre. Como el día de nuestro Bautismo. Porque cuando el Resucitado pronuncia nuestro nombre, nos dice todo. Nos dice todo porque nos da todo, todo lo que basta para vivir, todo aquello de lo que tenemos necesidad para vivir en plenitud, para vivir eternamente, para vencer el pecado y la muerte. Porque pronunciando nuestro nombre nos da la comunión con Él, nos da el vivir respondiéndole a Él que nos llama, nos da el vivir "volviéndonos" (cfr. Jn 20,16), es decir, convirtiéndonos continuamente a Él, a su Rostro bueno, a su Rostro que ilumina nuestra vida y el mundo entero.

Toda la moral y la ascesis cristiana están en el volverse hacia Cristo que nos llama por el nombre.

"¡Rabboni!"

Quien oye a Cristo llamarle por su nombre, no puede vivir más que para responder a su presencia y a su amor. El sentido de la vida está en responder al amor de Dios que nos llama a la existencia, a nacer y renacer siempre de su amor infinito. Al Resucitado que la llama, María de Magdala no responde instintivamente "¡Jesús!"; responde: "¡Rabboni! – ¡Maestro!" (Jn 20,16). Lo llama con el título del que se quiere seguir, del que se quiere aprender la verdad y la vida. María quiere escuchar al Señor que le dice toda la verdad de su vida, que le dice su nombre como nadie puede decirlo. María quiere obedecer a esta llamada a ser plenamente ella misma convirtiéndose en todo lo que ella es para Jesús, lo que ella es en la mirada, en los sentimientos, en el amor, en el corazón de Cristo. En Él somos creados. Su mirada nos ve mejor de como nos vemos nosotros mismos o nos ven los demás. Su sentimiento nos percibe como nosotros no conseguimos sentirnos. Su corazón nos ama como nosotros no sabemos amarnos. María quiere dejarse definir toda ella y solo por Jesús que la llama.

"¡Rabboni!" significa literalmente "¡Maestro mío!", un título que expresa al mismo tiempo respeto y amor, veneración y afecto. La única respuesta adecuada a Jesús que nos llama por nuestro nombre es, por lo tanto, la disponibilidad a escucharlo y seguirlo amándolo con todo el corazón.

"He visto al Señor, y esto es lo que me ha dicho"

De esta experiencia de encuentro con el Resucitado nace la misión de todo discípulo de Cristo, en cualquier forma de vida y vocación. Porque la misión cristiana es siempre la de irradiarse desde un encuentro personal con el Señor, que ha muerto y resucitado para salvar a toda la humanidad.

Cuando Jesús dice a la Magdalena: "No me toques, (...) ve a mis hermanos y diles: 'Subo al Padre mío y Padre vuestro, al Dios mío y Dios vuestro'." (Jn 20,17), no la priva del encuentro con Él. Solo quiere que María viva este encuentro con el corazón abierto de par en par con el que Cristo mismo lo vive, con aquel amor personal para ella que abraza al mismo tiempo a toda la humanidad necesitada de salvación y redención.

Cuando María corre a anunciar a los apóstoles que ha visto al Señor y a repetir lo que Él le ha dicho, no es solo un discurso lo que tiene que transmitir. María transmite el Rostro del Resucitado. Lo haría incluso si no dijera nada. En ella coinciden ya la vocación y la misión. Su misión es la de ser llamada, porque dondequiera que vaya, con cualquiera que se encuentre, no encuentra en ella más que a Jesús que la llama con amor en todos y en todo. Para ella todo es ocasión de responder a la llamada de Cristo que le llena el corazón.

El testimonio cristiano es posible y es siempre coherente porque no habla de sí mismo, sino del Señor; no anuncia nuestras ideas, sino lo que escuchamos de Él. Los ojos de la Magdalena reflejan el rostro del Resucitado, y sus palabras hacen resonar su voz. La voz de Jesús la ha llamado por su nombre y ahora, incluso hablando de sí misma, María no se presenta a sí misma sino a Él que la llama, a Él que llena de sentido y de belleza su vida, a Él que la libera, a Él que la consuela de su llanto, a Él que satisface su deseo de vida y de felicidad. Ninguno la llamará ya “¡María!” como le ha llamado Jesús; María no será ella misma para nadie como lo es para Jesús. María pertenece tan profundamente a aquella llamada que de ahora en adelante nadie podrá encontrarla sin encontrarse con el Resucitado, sin tener experiencia a través de ella del encuentro con el Señor.

"Padre mío y Padre vuestro"

Jesús ha confiado a la Magdalena un mensaje que resume todo el acontecimiento cristiano, todo el Evangelio: “Subo al Padre mío y Padre vuestro, al Dios mío y Dios vuestro” (Jn 20,17).

En este anuncio se encuentra todo. En Jesús, muerto, resucitado y ascendido al Cielo, tomamos parte en la vida trinitaria, estamos en comunión con su vida filial: su Padre es nuestro Padre, su Dios es nuestro Dios. Todo lo que es “de Cristo” es también nuestro. Así como el padre de la parábola del hijo pródigo le dice al hijo mayor, Jesús nos dice a nosotros que estamos siempre con Él y que todo lo que es suyo es nuestro (cfr. Lc 15,31). No podemos desear nada más.

Y Jesús, con este mensaje, hace anunciar a través de la Magdalena la comunión profundísima de todos sus discípulos, porque ¿qué otra cosa nos podría unir más que aquél “nuestro” que coincide con el “mío” de Jesús?! Lo que es totalmente de Cristo, se nos concede poseerlo y compartirlo, poseerlo *juntos*. Todos somos hermanos y hermanas, todos hijos de un Dios que es Padre, e hijos como Cristo es Hijo.

Pero para hacerle anunciar todo esto, Jesús ha expresado todo en el modo con el que dijo sencillamente “¡María!”. Si en el pronunciar nuestro nombre Jesús expresa todo su amor y su vida, toda su capacidad de amistad y de comunión, entonces, en aquél “¡María!” debía resonar todo el Amor trinitario, filial, fraterno, que quería transmitir a sus discípulos, a la humanidad entera, porque para esto ha muerto y resucitado. María lleva todo este horizonte de infinito amor al comunicar a los discípulos, a la Iglesia, a nosotros, su llamada, su vida llamada por Él, su corazón resucitado por la voz del Amado que pronuncia su nombre.

Liberados de siete demonios

En el Evangelio de Marcos se dice que “Jesús se apareció primero a María Magdalena, de la que había echado siete demonios” (Mc 16,9). El deseo atormentador de María de encontrar de nuevo a Jesús estaba ciertamente

determinado también por la conciencia de que sin Él no podía permanecer libre de estos demonios. Sin Jesús, María era como aquella casa a la que habría vuelto el demonio expulsado llevando consigo otros siete espíritus peores que él (cfr. Mt 12,43-45). Sin Cristo somos impotentes para permanecer libres de todo lo que nos mueve al mal, a la división, al orgullo, a la vanidad, al desprecio de los demás, a la concupiscencia, a la ambición, al activismo, a la acedia, a la tristeza, a la muerte. Cada uno de nosotros, y también nuestras comunidades, tenemos “demonios” de fragilidad, de tendencia al pecado, que nos impiden amar a Dios y a los demás con libertad. Por esto necesitamos buscar y encontrar al Señor, tener siempre de nuevo la experiencia del encuentro con Él que nos libera.

La verdadera renovación de nuestra vida, de nuestras comunidades, de nuestra Orden, así como de toda la Iglesia, no puede venir más que del reproducir la experiencia de encontrar al Señor resucitado que nos llama por nuestro nombre y nos abre a la comunión con Él y en Él. Así es como Cristo comienza a vivir en nosotros, a hacernos instrumentos de su presencia y de su caridad. Así es como la vida divina entra en el mundo y se convierte como en un fuego que se transmite de nuestro encuentro con Él a nuestro encuentro con los demás, hasta que toda la humanidad, lacerada por la división y la violencia, se convierta en una sola grande familia de Dios.

La verdadera fraternidad consiste en el ayudarnos los unos a los otros, con la oración y la misericordia, a renovar y profundizar la experiencia del Resucitado que nos llama por nuestro nombre y nos hace evangelizadores de la comunión con el Padre y con todos. ¡Pidamos al Espíritu Santo el don de esta fraternidad para nuestras comunidades y para la Orden! No hay mejor preparación para el Capítulo General, y mejor modo de favorecer la renovación evangélica que el Papa Francisco y el Año de la Vida Consagrada quieren encender en nosotros y entre nosotros.

¡Os deseo un ardiente e incesante Pentecostés!

Vuestro



*Mauro-Giuseppe Lepori O.Cist.
ab. gn.*

fr. Mauro-Giuseppe Lepori
Abad General OCist